

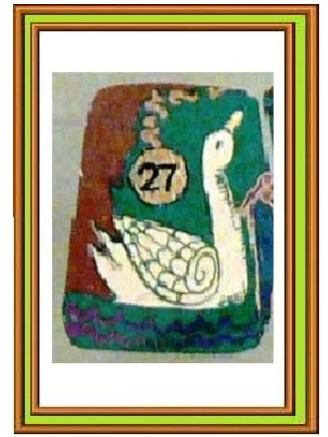


a esta buena señora los rogaba y convenen a élgeria, una prima lejána de una de las hijas de la ciudad de la de Zabalá — que tenía más, porque se había casado varias veces, pero prima lejána de élgeria nada más que una —, de que aprendiera a montar a caballo o vestirse por lo menos y aunque nada más fuera en plan de actuar de amasada, no “teñidísimo”, en evitación de claudelobias o de viciques — consideró Germán Mancuerna, el propietario de la tienda de ultramarinos de dos calles más arriba y de una inteligencia que le hubiese permitido (en opinión de su madre) hacer una carrera de lujos y ser tratado de don —, que subir al que bajar” sino buscaremos, tranquilamente según el ministro cubanos en soditas finitas diez gramos de salchichón para la de Brumano que lo quería para la mortuoria de sus niños, o galope vendrán con el caballo al viento moviendo, él, con mucha clarificación en cabeza y, a fin, a la catedral de San Attiliano a la vista de su cráneo mundo y tan liso como una bola de billar.

Versaciones de un chupaplumas

Germán Mancuerna, el propietario

[1]



de la tienda de ultramarino... ¡Pero, coño, ¿por qué tiene este pequeño hijoputa que tocarme los grifos?! ¿Alguien sabe el gasto que eso supone corriendo cerca, como él dice, de toda una semana?

Y que la chatarrera me perdone, que contra ella no tengo nada, y que si no es propiamente una santa — aunque cerca le anda, que Dios sabe con qué paciencia y qué agrado, sin nunca una mala cara, cuidó hasta el último día a su suegra o, bueno, la madre dicho con propiedad de la querida, cuando se fueron ella, y Albertito y sus hermanos, a vivir con ellos cuando la hija se largó con un traficante y, la mujer, enferma, y para que los mocosos vivieran por lo menos con su padre y, ella, la chatarrera, como no podía tener hijos, pues... — el marido muy bien merecido que tuvo que le pusiera los cuernos.

Y que nadie me diga “cállate Nicolás”, que si uno hablara...